

De reformas políticas a la esfera de lo público: Reflexionando acerca del papel de las organizaciones, movimientos sociales y ciudadanía en la política de la mano de dos politólogos

Mauricio Molero Romero
mauriciod.moleror@pucp.edu.pe

Hernan Gonzalo Ccompi Guerrero
hernanccompi@gmail.com

Esta sección especial tiene como objetivo brindar a los lectores un acercamiento a la reflexión de la crisis política y las perspectivas de las reformas, así como al tema de Trabajo, Organizaciones y Tecnología desarrollado en el presente *dossier*. Queremos explorar la necesidad de reformas que involucren no solo a la articulación de la élite política, sino también a la ciudadanía en general. Como señaló Pease (2007): “una reforma política tiene que articular pues el objetivo de consolidar la transición con instituciones políticas que representen a todos los ciudadanos y abran canales de participación también sin exclusiones” (p.5). Además, consideramos que, basándonos en los eventos políticos ocurridos en nuestro país o nuestra política (2019 - 2022) y su impacto en la sociedad civil, los ciudadanos ya no desean ser meros observadores pasivos (Buzasu, 2020). Es por ello que nos planteamos el objetivo de generar consensos entre instituciones, organizaciones y partidos políticos, así como también buscamos una mayor comprensión de la forma en la que los movimientos sociales y la sociedad civil son agentes de cambio.

Debido a la especificidad de los temas abordados, se consideró importante proporcionar un espacio de discusión y aproximación. Para lograrlo, hemos optado por un formato de entrevista con dos politólogos expertos con el objetivo de suscitar el interés tanto de investigadores en reformas políticas como de aquellos que busquen nuevas perspectivas sobre la relación entre organizaciones y la ciudadanía en general. Los temas abordados serán la construcción de una mejor participación ciudadana, la necesidad de articulación entre organizaciones, movimientos y nuestro sistema político, la efectividad de las propuestas normativas y los intentos recientes de reforma y enfoques académicos dentro de las CC. SS. respecto al tema. Si bien la revista *La Colmena* no se hace responsable por las opiniones de los especialistas, consideramos de gran importancia los cuestionamientos y planteamientos críticos para futuras reflexiones.

Conversación con Paolo Sosa Villagarcía

Conversamos en primera instancia con Paolo Sosa Villagarcía, politólogo e investigador del Instituto de Estudios Peruanos. Paolo es candidato a doctor en el Departamento de Ciencia Política de la University of British Columbia (UBC), con una formación académica en Ciencias Sociales y Ciencia Política y Gobierno de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Actualmente, es becario del Public Scholars Initiative (PSI) en UBC y ha sido Fox International Fellow (2019 - 2020) en el Centro MacMillan. Se enfoca en investigar las relaciones entre el Estado y la sociedad, los movimientos sociales, la política electoral y la construcción de identidades políticas. A continuación, compartimos la entrevista que realizamos junto con su colaboración.

Mauricio: Evaluando el contexto político actual, donde la ciudadanía se percibe desconectada de la clase política, ¿cómo crees que se ha generado o sostenido esta lejanía entre los actores sociales y los actores políticos, al menos en esta primera parte del siglo XXI?

Paolo: Bueno, hay que empezar recordando que, después de la transición de 2001, hubo una especie de optimismo y efervescencia en torno a la idea de la participación como un espacio importante para asegurar la profundización de la democracia. Entonces, se llevaron a cabo una serie de reformas orientadas a la promoción de espacios participativos a nivel local. Sin embargo, los balances posteriores muestran cómo, más allá del optimismo inicial, en la práctica, la participación ciudadana es difícil. La gente no cuenta con los incentivos ni los recursos para involucrarse en estos espacios, excepto en contextos muy específicos en los que existen demandas urgentes, como en un conflicto socioambiental. Pero más allá de eso, en la vida cotidiana, estos espacios son rehuidos: la gente no los busca. Esto no debería sorprendernos, ya que uno de los requisitos para la participación ciudadana es una ciudadanía activa y robusta, con capacidades de participación. En países desiguales como Perú, con grandes brechas sociales, económicas y étnicas, estas capacidades suelen ser limitadas o inexistentes.

La gente se enfoca cada vez más en la supervivencia, especialmente en tiempos de crisis económica y pandemia, lo que dificulta su participación activa en la política. En ese sentido, el balance no es necesariamente muy positivo, pero no se debe atribuir a la falta de voluntad de participación por parte de la gente, sino más bien a la falta de incentivos, capacidades y recursos para participar. Eso es importantísimo destacar: las discusiones y reformas políticas son cruciales. A menudo, se desarrollan reformas pensando en un ideal donde la ciudadanía participa activamente, como ocurrió a principios de los 2000. Sin embargo, en la realidad, no se trata tanto de cambiar las normas de participación o abrir y cerrar espacios, sino de asegurarse de que el Estado genere las capacidades necesarias. Esto implica reducir las desigualdades materiales y aumentar las capacidades de participación de la ciudadanía, entre otros aspectos.

Entonces creo que tiene que ver no solamente con una reforma política, sino también con cómo estamos en términos económicos, en términos de redistribución.

Mauricio: En ese sentido, ¿qué otros caminos o mecanismos considerarías viables para incentivar esta participación, si es que tal vez las reformas no son completamente efectivas e incluso en este panorama actual no parecen ser una prioridad por parte de las autoridades centrales del Gobierno?

Paolo: Bueno, considero que todo lo mencionado contrasta con la perspectiva sobre la participación electoral. A pesar de las limitaciones en la democracia directa, al analizar la participación en las elecciones, notamos que Perú tiene una alta tasa de participación electoral, incluso con la creciente inasistencia en algunas elecciones recientes a pesar de que el voto es obligatorio. Resulta interesante observar que, durante crisis como la actual, una de las principales demandas es la convocatoria de nuevas elecciones generales. Como ciudadanos, hemos internalizado la idea de que la democracia se basa principalmente en las elecciones y en la lucha por el poder, mientras que los espacios locales suelen destinarse a la gestión de intereses y recursos.

Dado que estamos en una revista de sociología, esto trasciende muchas veces lo que los científicos políticos estudiamos; es decir, cuáles son las subjetividades, cómo entiende la gente la democracia; finalmente, qué entiende la gente por participación y por qué en el Perú tenemos un componente tan marcadamente electoral. El momento donde nos sentimos más empoderados, más contentos, más satisfechos con la democracia, como muestran algunas de las encuestas regionales como el Latinobarómetro¹ o LAPOP², es precisamente en periodos electorales. Creo que eso es algo que tendremos que explorar en términos de por dónde pasan las soluciones.

Creo que, en efecto, la responsabilidad va más allá de los ciudadanos, es una cuestión de élites. No solo me refiero a los empresarios o a los señorones, sino también a los líderes de los partidos políticos, organizaciones, sindicatos, medios de comunicación, intelectuales, etc. Creo que estos actores tienen la responsabilidad de procurar que esta participación sea cada vez más efectiva y activa. Es esencial evitar que la percepción de que el voto carece de importancia se arraigue en la población. En la última década, ha habido un creciente descontento entre un sector de la población, especialmente debido a la sensación de que sus votos no se reflejan en la acción gubernamental. Esto ha influido en cómo la gente ve su rol como electores y ciudadanos. Si votamos por un candidato y este cambia radicalmente su plan de gobierno una vez en el poder, se socava la confianza en el poder del voto y en la democracia. Las últimas elecciones, con el discurso fraudulento y el intento de negar el derecho al voto a sectores importantes de la población, han llevado esta situación a un nivel dramático. Entonces, creo que estamos en una coyuntura en la que obviamente hay que pensar siempre en construir más democracia, pero que por el momento es importantísimo proteger ese mínimo que tenemos, que es la participación electoral. Los llamados a nuevas elecciones reflejan la necesidad de que las elecciones sean significativas para la ciudadanía. Reforzar estos espacios se vuelve esencial en esta coyuntura.

Mauricio: Regresando a este factor cultural que mencionas, se suele sostener que la ciudadanía se ha desenvuelto históricamente en un marco cultural que se caracteriza

1 Latinobarómetro es una encuesta anual que mide las actitudes y opiniones de los ciudadanos en América Latina. Proporciona datos sobre percepciones públicas, confianza en las instituciones y otros aspectos clave de la sociedad latinoamericana.

2 LAPOP es una iniciativa de investigación que realiza encuestas de opinión pública en más de 30 países de América Latina y el Caribe. Proporciona datos confiables y análisis detallados sobre la opinión pública y el comportamiento político en la región.

por la desidia y hartazgo hacia la política; pero, a pesar de esto, destacas que existe una constante demanda por procesos electorales. De manera más concreta, ¿qué casos de referencia podrías destacar donde precisamente la ciudadanía ha superado estos aspectos y si ha podido pues esto articularse políticamente?

Paolo: Creo que es necesario matizar el desinterés de la población por la política, especialmente si consideramos nuestra historia. En el siglo XX, la historia política estuvo marcada por la exclusión de una parte significativa de la ciudadanía. Desde finales del siglo XIX, se implementó una exclusión indirecta de la población indígena mediante el requisito del voto alfabético. A partir de entonces, hemos sido testigos de una serie de luchas por la inclusión en la política, con una ciudadanía activa que inicialmente buscaba mejoras materiales. Esto comenzó con los obreros en la década de 1930 y la formación de los primeros partidos de masas modernos, liderados por figuras como Haya de la Torre y Mariátegui. Estas luchas no solo aspiraban a resolver problemas materiales, sino también a contribuir a la construcción de la nación y una comunidad política participativa.

Al observar las décadas de 1950 y 1960, cuando surgieron sindicatos campesinos en el sur y centro del país, vemos una ciudadanía que luchaba por el derecho a la propiedad y por recuperar sus tierras, ya fueran comunales o individuales. Sin embargo, esta lucha tenía un trasfondo simbólico: la demanda por una mayor inclusión política. Es especialmente emblemático que muchas de estas ocupaciones de tierras comenzaran con el acto simbólico de colocar una bandera peruana. Esto representaba un reconocimiento de que ellos también formaban parte de la comunidad y, por lo tanto, tenían derechos que el Estado debía respetar.

Entonces, creo que más bien la percepción de una ciudadanía apática o cansada de la política es algo coyuntural. En ciertos momentos, es cierto que existen situaciones que alejan a la ciudadanía de estos problemas, pero en circunstancias críticas, cuando se producen violaciones de derechos y privación de recursos, la ciudadanía reacciona de manera proactiva y busca una mayor inclusión. Observamos un fenómeno similar en las migraciones del campo a la ciudad, que también representan oportunidades para la construcción de ciudadanía. Esto se debió precisamente a la tendencia de las personas a migrar a las ciudades en busca de educación y oportunidades de participación. Por lo tanto, no fue que de repente, con la Constitución de 1979, pasamos de tener un electorado reducido a uno grande. Más bien, este cambio se fue acumulando a lo largo del tiempo debido a transformaciones sociales, y la Constitución simplemente le dio forma jurídica a un proceso que ya estaba en marcha. Lo mismo podemos observar en las resistencias contra grupos como Sendero Luminoso, entre otros ejemplos. Creo que existen numerosos casos que demuestran una ciudadanía activa y en constante búsqueda de inclusión y participación.

Mauricio: Y digamos, dado que la política se desarrolla dentro de un sistema partidario incipiente y poco representativo, sumado a que como mencionas, históricamente no había plataformas participativas, se suele pensar en las organizaciones sociales como estos medios ciudadanos articulados que se dedican a abordar cuestiones sociales o promover un cambio específico. Pensamos, por ejemplo, en Federaciones Campesinas o AIDSESP. Más o menos tú, ¿cómo verías la situación de estas organizaciones dentro de la política actual?

Paolo: Primero, en una perspectiva comparada, se ha redescubierto el papel de los movimientos sociales en la democratización a nivel mundial, tanto en Europa, Norteamérica como América Latina. Se ha comenzado a debatir sobre la influencia de estos movimientos como agentes de democratización, lo que representa un cambio desde una preponderancia en el papel de las élites en la negociación de la democracia. Las investigaciones y propuestas sugieren que, aunque la política de élite sigue siendo relevante, sin un sólido respaldo social que luche por la expansión de derechos y libertades, así como por la consolidación y arraigo del régimen democrático, no podemos considerar que haya un verdadero proceso de democratización. En América Latina, organizaciones como las que mencionas han sido fundamentales. Tomemos el ejemplo de Bolivia, que contrasta frecuentemente con Perú. En Bolivia, los movimientos sociales, incluidos los cocaleros, campesinos e indígenas, han logrado constituir lo que Santiago Anria denomina un “partido de movimiento”. Han trasladado la lucha de las calles al ámbito institucional, no solo ocupando la presidencia, sino también desempeñando roles a nivel local y parlamentario. Han funcionado como contrapeso ante las tendencias autoritarias que en ciertos momentos pudieran haber surgido entre los líderes. Ejemplos como el de Bolivia ilustran estas dinámicas y refuerzan las discusiones en curso sobre este tema.

Lamentablemente, en Perú, nuestro balance es bastante negativo en términos de movimientos sociales. Cuando se observan los estudios de movimientos sociales a nivel comparado, Perú siempre se presenta como un caso desfavorable. Lo mismo sucede con movimientos de derechos humanos. No es que no existan; están ahí. Contamos con muchas organizaciones indígenas, campesinas, asociaciones por los derechos humanos, el antifujimorismo como una coalición social. Tenemos ahora un revitalizado movimiento feminista, en la colectividad lo LGBT, etcétera. Sin embargo, al comparar el nivel de organización de estos actores con los de otros países, se evidencia que no han alcanzado ese nivel de cohesión.

Creo que esto está relacionado con las características estructurales de las que hablábamos anteriormente. Es más difícil participar en una situación de desigualdad, no solo material sino simbólicamente. Participar se ha vuelto sinónimo de terrorismo y movilizarse para realizar protestas es interpretado como violencia, entre otros estigmas. Sin embargo, como decía Vallejo, “son pocos, pero son”, y creo que, si algo ha ayudado a sostener nuestra precaria democracia desde la caída de Fujimori en adelante, son precisamente estos movimientos sociales. Es decir, la oposición a situaciones como la “repartija”, creo que son emblemáticas. La condena pública por la masacre en Bagua durante el gobierno de García, entre otros eventos, también juega un papel crucial. Pero, uno de los grandes problemas que tenemos es la criminalización de estos movimientos.

Mauricio: Reflexionando precisamente sobre la importancia de estas organizaciones y, por el contrario, cómo los partidos han ido perdiendo cada vez más enraizamiento dentro de la sociedad, ¿tú crees que se podría pensar, digamos, en un sistema de representación sin partidos? Las propuestas de reforma suelen focalizarse en la recomposición del sistema partidario. ¿Deberían estas dirigirse a empoderar las propuestas organizativas desde la sociedad dada, pues, su importancia histórica?

Paolo: Partiendo de la premisa de que los partidos son fundamentales para el funcionamiento de la democracia, esta idea choca con la realidad no solo en el Perú sino en todo el mundo. Por ejemplo, en Estados Unidos, existe una marcada polarización y una creciente distancia entre el ciudadano promedio y los partidos, ya sean demócratas o republicanos. Este fenómeno también se observa en Canadá y Europa, donde se ha producido una creciente separación entre la ciudadanía y las organizaciones partidarias. Entonces, son un problema debido a la distancia que existe entre ellos y la sociedad.

Sin embargo, el diseño de las democracias modernas requiere de estas organizaciones para su funcionamiento, aunque esta necesidad no es meramente formal: no se trata de tener organizaciones que no representen a nadie, ya que esto generaría más problemas que soluciones. Si reconocemos esa necesidad, efectivamente, hay toda una tendencia de plantear el fortalecimiento de los partidos y el sistema de partidos que es distinto. Cuando se empodera un solo partido tenemos situaciones problemáticas. Ejemplos como los 75 años del PRI en México o el fortalecimiento de una sola organización política en Perú en los últimos años nos muestran la importancia de no depender únicamente de uno o dos partidos. En cambio, se necesita un sistema de partidos que represente una variedad de necesidades y perspectivas.

Ahora, las reformas que buscan fortalecer el sistema de partidos tienden a enfocarse en un ideal predeterminado y luego implementar una serie de normas y leyes para regular la sociedad de acuerdo con ese ideal. En mi opinión, vale la pena invertir esa mirada, es decir, más bien mirar cuál es la potencialidad dentro de la sociedad y, a partir de ello, diseñar reformas institucionales que permitan, por ejemplo, que los pocos movimientos sociales existentes se articulen fácilmente para participar como partidos políticos. Podemos tomar ejemplos como el modelo de partidos de movimientos que mencionábamos con el caso de Bolivia. En cuanto a la reforma electoral, especialmente la última implementada durante el gobierno de Vizcarra, parece privilegiar la perspectiva de construir partidos a través de alianzas entre élites y coaliciones sociales, pero es una perspectiva que ignora precisamente el origen de los partidos y trata de forzar sobre la sociedad algo que fue resultado de un proceso orgánico. Tratar de reproducir eso mediante la aprobación de una ley es obviamente desconocer la historia.

Por otro lado, es común partir de presupuestos que no son necesariamente correctos, como la idea de que los partidos tienen que ser nacionales. Entonces, cuando uno mira las reformas, hay una especie de fetiche con la construcción de partidos nacionales, que deben tener sedes partidarias en todo el país y militantes en cada región. Sin embargo, la historia nos muestra que la construcción de partidos sigue más bien el camino opuesto: comienzan como proyectos subnacionales. Varios de los partidos más fuertes tienen su origen en regiones específicas antes de expandirse a nivel nacional. Por ejemplo, Peter Klaren argumenta que el APRA se formó en el norte sólido y luego se expandió a nivel nacional; Alberto Vergara plantea un patrón similar para Acción Popular, que se construyó en gran medida sobre élites sureñas. Hay otros ejemplos, como el FRENATRACA, y, aunque no es un ejemplo ideal, Alianza por el Progreso también ha seguido una trayectoria similar en los últimos años. La experiencia comparada muestra similitudes, como el PT brasileño, que se construyó a partir de experiencias locales y el MAS que se formó en

el Chapare boliviano. Todo esto subraya la importancia de revisar las reformas que a menudo se basan en presupuestos normativos carentes de respaldo empírico.

Mauricio: Claro, como tú mencionaste, recientemente se han llevado a cabo intentos de reforma política, como la realizada por la Comisión de Alto Nivel durante el gobierno de Vizcarra. Sin embargo, se reconoce tal vez que esta labor reformista suele centrarse en la elaboración de propuestas normativas, diseñadas para reformar el comportamiento de las organizaciones políticas. ¿Son estas verdaderamente suficientes para fomentar la participación y fortalecer la democracia?

Paolo: El objetivo claro de la Comisión, en términos de partidos políticos, era reducir la cantidad de partidos políticos, con la creencia de que menos partidos conducirían a una mayor capacidad de organización y fiscalización, así como a una cooperación forzada entre los actores políticos y una reducción en la fragmentación política. Sin embargo, lo que hemos observado en la realidad es que lo que los expertos pueden proponer es una cosa y lo que finalmente se aprueba es otra, ya que existe un juego político de intereses en juego. Lamentablemente, aquellos que regulan esto al final del día son jueces y partes, es decir, los propios políticos que defienden sus intereses. Además, una vez que se promulga la ley, las interpretaciones, las adaptaciones, las trampas que se hacen para amoldar la realidad hacia lo legal hacen que muchas de estas reformas sean insuficientes.

Por lo tanto, es importante tener en cuenta que una cosa es lo que está establecido legalmente y otra cosa es la realidad social. A menudo, podemos aprobar una ley de partidos políticos perfecta, pero, al final del día, los políticos no solo la implementarán a su manera, sino que también la interpretarán de acuerdo a sus intereses. Es decir, el principal problema en el Perú, y que es lo que explica la crisis reciente, no es un problema de leyes, sino en el comportamiento y los incentivos de quienes desean participar en la política. Por eso creo que en los últimos años se han interpretado las leyes de manera descarada, e incluso cómo se han modificado pasajes enteros de la Constitución con el propósito de servir a intereses particulares.

Mauricio: Considerando esto y otros intentos de reforma, como los implementados durante la transición democrática, se sugiere que suelen surgir con el respaldo de la élite académica o basados en sugerencias del sector no gubernamental. Esto se suma a la aparente falta de voluntad de la clase política. ¿Son estos grupos representativos de la sociedad y tienen la capacidad de concretar propuestas de reforma que realmente contribuyan a fortalecer la democracia? Además, ¿cuál debería ser el papel de las organizaciones en este proceso?

Paolo: Se podría considerar que estos grupos representan un sector dentro de la sociedad civil, actuando de acuerdo con el ideal de la sociedad civil existente. A menudo, suplen el espacio de participación que los ciudadanos o las organizaciones locales no pueden acceder debido a los obstáculos mencionados anteriormente. Los sectores con recursos y capacidades de participación tienen una responsabilidad significativa en la formulación de propuestas de reforma. La representatividad de estos grupos depende de si sus propuestas están respaldadas por una reflexión inclusiva que involucre a diversos actores de diferentes sectores. En este sentido, es crucial crear espacios que fomenten una participación más amplia.

Ahora, ¿cómo se desarrolla esta participación? Es un tema polémico. La creación de leyes, cabildos abiertos y reformas puede generar desafíos en términos de participación real. Estos espacios a menudo pueden tener niveles de participación limitados, ser dominados por actores con intereses específicos y dejar de lado a ciudadanos menos organizados o a organizaciones locales con recursos limitados para participar en estos eventos que a menudo se realizan en lugares distantes o en la capital provincial. En este sentido, la importancia de los procesos constituyentes radica en el proceso mismo, no solo en el resultado final. Los estudios serios y densos muestran que lo más crucial es la participación ciudadana en diversas etapas y niveles durante estos procesos. El enfoque no debe centrarse únicamente en el texto constitucional final, sino en cómo la sociedad participa y contribuye a dar forma a dicho texto a lo largo del proceso. Es esa especie de shock social dentro del sistema político, lo que hace que sean relevantes.

Entonces, creo que esa idea del pacto social es importante. A través de ese pacto social es que tú le das forma y sustancia a las reglas, se crean incentivos para que los políticos cumplan con lo que acordaron en su momento. Creo que eso es algo que falta en Perú. La transición de 2001 no vino acompañada de un proceso similar; fue más bien el colapso de un régimen autoritario que fue reemplazado por otros actores. No fue un momento de transición en el sentido completo y sustantivo del término. Va más allá de restaurar la Constitución del 79 o modificar la del 93. Es precisamente ese momento en el cual tú llamas a la ciudadanía desde una perspectiva amplia que participen y le den forma a este pacto. Yo me temo que, sin este proceso activo de participación social, no lograremos una reforma que transforme el comportamiento de los políticos ni un aumento en la participación y la implicación ciudadana con las reformas, y mucho menos la legitimidad del sistema. Así que, nuevamente, debemos separar el resultado, que es el texto constitucional, de este proceso prolongado. Estamos viendo este proceso actualmente en Chile; no es algo que se resuelva en dos meses o un año. Son procesos que llevan tiempo, y cada etapa atraviesa espacios de participación que vale la pena replicar en numerosas ocasiones.

Hernán: Y a manera de cierre, hablando más sobre los enfoques académicos dentro de las ciencias sociales, ¿qué enfoques o marcos conceptuales deberían ser recomendados para estudiantes de ciencias sociales para abarcar de manera crítica temas relacionados con las organizaciones y movimientos sociales? Asimismo, ¿qué avances teóricos e investigativos hay sobre este tema?

Paolo: Yo creo que cuando uno piensa en estas ideas o uno piensa en referentes teóricos o metodológicos, muchas veces caemos y replicamos muchos de los problemas sociales dentro de nuestras propias disciplinas, como el faccionalismo o la idea de identidad: “yo soy cuánto y tú eres cuál” y nos peleamos, o “yo soy weberiano, yo marxista”. Creo que precisamente las ciencias sociales invitan al pluralismo: estudiamos la realidad social, que es producto de la interacción. Es decir, la democracia y las elecciones no son fenómenos naturales, sino construcciones sociales. Aunque votar en una urna es una acción material, el significado de esa acción es fundamentalmente intersubjetivo y esa intersubjetividad llama al pluralismo en la sociedad. Creo que nos perdemos mucho si es que nos atrincheramos en alguna perspectiva única, nos perdemos un poco la posibilidad más bien de encontrar

fenómenos sociales importantes o relevantes para problemas contemporáneos, y a poder mirarlos desde la perspectiva que sea más útil para comprender el problema. Debemos partir de la curiosidad y a partir de ella, elegir la corriente epistemológica o teórica que mejor ilumine lo que queremos aprender sobre un fenómeno. En segundo lugar, creo que el tema de la interdisciplinariedad es crucial, porque muchas veces es precisamente dentro de esa interdisciplinariedad que podemos iluminar un fenómeno social en su total magnitud. Es decir, las reflexiones que comparto con ustedes sobre Bolivia, por ejemplo, si uno mira solamente la producción desde la ciencia política *mainstream*, pues uno se queda con el deterioro de las instituciones, del estado de derecho, el deterioro del equilibrio de poderes en el caso de Bolivia. Efectivamente eso ha sucedido, pero si uno mira desde la perspectiva de la sociología o de la antropología, pues lo que hay es más bien un empoderamiento de actores sociales que estaban excluidos: mayor inclusión, mayor redistribución. Hay un artículo de Santiago Anria precisamente que me parece muy importante sobre esto que se llama “*More inclusion, less liberalism in Bolivia*”. Entonces esa tensión inherente que existe en la sociedad solamente se puede vislumbrar a partir de estas miradas interdisciplinarias.

Conversación con Katherin Yurema Mamani

En segunda instancia, conversamos con Katherin Yurema Mamani, politóloga por la Universidad Nacional Micaela Bastidas de Apurímac (UNAMBA). Katherin es maestra en Antropología Social por la Universidad San Antonio Abad del Cusco (UNSAAC), representante general del Comité Ejecutivo ALACIP Joven (gestión 2020 - 2022) y miembro fundador de la Asociación Peruana de Politólogas (APEP). Sus líneas de investigación están centradas en sistemas políticos originarios, política subnacional y didáctica en la enseñanza de la ciencia política. A continuación, presentamos la entrevista que llevamos a cabo con su colaboración.

Mauricio: En el contexto político actual de las regiones del Perú, donde a menudo se percibe que la ciudadanía está desconectada de la clase política, especialmente dado el centralismo y una escasa presencia de las instituciones del Estado a nivel subnacional, ¿cómo consideras tú que se ha generado o sostenido esta lejanía entre los actores sociales y los actores políticos en las regiones, al menos durante esta primera parte del siglo XXI?

Katherine: Bueno, primero hay que contextualizar qué entendemos por este proceso de la dinámica social regional. En regiones, las relaciones de poder se rigen por dos variables principales: identidades regionales y étnicas, y la estructuración de élites locales y regionales. Estas variables se entrelazan, ya que las identidades influyen en la formación de élites y en las relaciones sociales, lo que a su vez se convierte en relaciones de poder. El centralismo presenta desafíos para la política subnacional, incluyendo la falta de responsabilidad de las élites locales y la percepción de que las élites nacionales gestionan mejor la política regional. Esto puede limitar el poder y la movilización de las élites locales. Para superar estas limitaciones y lograr una descentralización efectiva, es esencial abordar estas cuestiones.

Ahora, esta dinámica de falta de vínculos, especialmente en términos de identidad, genera dificultades en la construcción de políticas para la gobernabilidad local. Además,

se observa una privatización de la política local, donde muchos alcaldes provienen de élites empresariales y ocupan cargos municipales de manera recurrente, con pocas excepciones. Esto puede llevar a la patrimonialización de la política y causar una crisis de representación con características locales y regionales específicas. También se dificulta el consenso necesario para la gobernabilidad local y se evidencia una deficiencia en la administración pública.

En este sentido, el rol de las organizaciones sociales debería considerarse en términos de cómo pueden movilizarse y fortalecer los mecanismos de participación ciudadana ya establecidos, y también prestando atención a dos elementos clave: la rendición de cuentas y la transparencia. Sin embargo, el punto de distinción, a mi juicio, puede deberse a que las reglas de carácter institucional que proponen las instituciones del Estado puedan ser de carácter no coalicionables con la forma en cómo se va a estructurar y la dinámica misma de una organización social. Hablamos de una institución que presenta reglas establecidas bajo el sistema de la administración pública, porque es así como funciona la estructura, mientras que las organizaciones sociales, día a día o cotidianamente, van estructurando sus reglas. Si bien algunas perduran en el tiempo, algunas también las van innovando cotidianamente y tienen una lógica o un sentido mayoritariamente comunitario. Esto nos lleva a pensar en un escenario de la política plural o pluralismo político. Hablaremos de las formas de hacer política en detalle más adelante.

Mauricio: Precisamente en la misma línea de lo que mencionas, viendo lo poco enraizadas que están las organizaciones políticas como los partidos y pensando en que las propuestas de reformas suelen ser normativas y orientadas a la recomposición del sistema partidario, ¿cuál crees que en su lugar deberían ser las propuestas o los mecanismos que se incentiven?

Katherine: A mi juicio, la mayor dificultad que considero que van a tener las organizaciones políticas en el formato de partido y movimientos regionales es la crisis de representación. De este proceso se van a aprovechar mayoritariamente los movimientos regionales, que van a tener la organización de carácter espontáneo en el sentido de que ya han tenido ciertos encuentros de praxis identitarias entre los conciudadanos. Estos, sobre todo, van a apostar por quien tiene movilización económica y, al mismo tiempo, quien es conocido en la ciudad. Por otro lado, otro aspecto crucial en la visualización del éxito de un candidato está relacionado con los funcionarios públicos, especialmente aquellos que tienen experiencia en gerencias municipales. Sin embargo, estos candidatos no han pasado por un proceso de praxis, por ejemplo, al interior de las democracias internas de los partidos políticos. Entonces, nuevamente haciendo énfasis en cuanto a la dificultad de la representación, a mi juicio se ha debido considerar elementos como el cómo se da este proceso, es decir, cómo la ciudadanía —y aquí hay que hablar de las ciudadanías desde un comunero campesino, desde un sindicalista o de finalmente un ciudadano del sistema rural— genera identidad y a partir de allí va a estructurar una representación y cómo es que los partidos políticos o los movimientos regionales pueden extraer este flujo para finalmente constituir su democracia interna y al mismo tiempo llevar a los procesos electorales a sus candidatos.

Aquí también hay un tema de fondo que es valioso reflexionar para poder establecer una vinculación con la crisis de representatividad. En el sentido siguiente: el Perú es un país caracterizado por su diversidad cultural, lo que significa que la formación de nuestras ideas, comportamientos y, en última instancia, nuestras prácticas políticas se agencian de diversas maneras. Comprender cómo estas ideas, nociones, representaciones y comportamientos se agenciaron es esencial, y esta comprensión debe estar vinculada a cómo la normativa y las leyes, que son necesarias y constituyen un marco, pueden reconocer y recoger estas diversas formas de expresión política. A partir de esto, podríamos analizar si, bajo el marco normativo y legal, el proceso de representación se desarrolla de manera sustantiva y efectiva, y en qué medida se puede llevar a cabo un seguimiento –más que un control– para garantizar que un candidato que representa a un comunero campesino, por ejemplo, pueda acceder a cargos como una regiduría o una alcaldía de manera legítima y efectiva. Entonces, sí considero que se debe repensar profundamente sobre el punto de representatividad considerando elementos de nociones, representaciones, manifestaciones que finalmente van a constituirse en la esfera de la cultura desde un pluralismo político.

Mauricio: Finalmente, quería hablar un poco sobre enfoques académicos dentro de las ciencias sociales. Particularmente, ¿qué enfoques o marcos conceptuales deberían ser recomendados a los estudiantes o a cualquier investigador para abordar estas temáticas de manera crítica, pero de una forma descentralizada y recogiendo experiencias de las regiones?

Katherine: A ver, va a partir también de la experiencia que tengo. De hecho, importa mucho cuál va a ser nuestro objetivo, ¿no? Qué es lo que queremos conocer e investigar. Entonces, frente a ello sí va a ser válido poder situarse en el contexto: tenemos que entender con exhaustividad el contexto donde estamos estudiando. Y a partir de allí, tras una observación rigurosa, podemos entender qué elementos intervienen. En ese proceso, uno de los marcos que considero que puede ser útil es el poder desde una perspectiva relacional. Ello implica comprender la agencia de los actores involucrados, explorando sus nociones, representaciones, subjetividades y cómo desarrollan relaciones sociales. A partir de esto, se realiza un seguimiento de cómo se construyen relaciones de poder. Estas dinámicas que no necesariamente son lineales, al contrario, van a tener avances y retrocesos en cuanto se haga la investigación. Por allí es súper importante visualizar.

El otro punto importante implica una mirada bajo el lente de un pluralismo político. No solo podríamos pensar en la política desde una perspectiva institucional, sino también hay que habilitar miradas en hablar de las formas de hacer política. Situar la gestión de la vida es clave porque nos permite observar la política desde lo cotidiano. Es decir, cuando una persona gestiona, por ejemplo, al interior de las bases sociales u organizaciones, se observan ciertas especificidades en comparación con la forma en que un funcionario público o un alcalde del distrito abordan la política. Finalmente, en estos contextos comunitarios y de movimientos sociales, la teoría de los cuidados se vincula estrechamente con la política. Se refiere al hecho de que actividades como la limpieza de caminos comunales, la preservación del agua y el bosque son formas de cuidar los recursos compartidos. Este diálogo y acercamiento entre el Estado y las otras formas de organización considero que puede ser un punto necesario para indagar cómo sería esta

suerte de proceso de gobernanza ciudadana. Por allí podría alumbrarse este foco. En última instancia, el hacer política desde lo cotidiano está íntimamente ligado con el hacer de los cuidados, pues se cuida la reproducción de la vida en términos sociales, mas no necesariamente con miras a tomar el poder a través de un cargo público. Esto tiene que ver con la forma de cómo el poder va a estar centrado en el cuidado de los comunes, en el bienestar de la comunidad, en el bienestar de un sistema político local.

Y, finalmente, como una suerte de consejo, un enfoque sugerido es utilizar metodologías en fases, comenzando con métodos cualitativos, como la observación y la etnografía con grupos locales. Posteriormente, a partir de los datos cualitativos recopilados, se pueden desarrollar indicadores y llevar a cabo encuestas para obtener datos cuantitativos. Este enfoque por fases puede ser beneficioso, ya que no se debe presuponer que el concepto de política tradicional es aplicable a todas las localidades, especialmente aquellas con alta diversidad cultural.

Reflexiones finales/ Mensaje final

El funcionamiento de la participación y la representación política desde las organizaciones sociales se puede estudiar desde diversas perspectivas y casos de estudio, buscando así retratar la complejidad que significa comprender el país. Reflexionar sobre la participación y la representación en el sistema democrático peruano no es una labor sencilla. Para **Sosa Villagarcía**, es crucial considerar no solo la voluntad de participar, sino también los incentivos, y que el Estado genere las capacidades necesarias. Por su parte, **Mamani Contreras** indica que el diálogo y el acercamiento entre el Estado y otras formas de organización puede ser un punto necesario para indagar cómo sería una suerte de gobernanza ciudadana; además, propone el uso de metodologías en fases, comenzando con métodos cualitativos, como la observación y la etnografía con grupos locales, reconociendo que el concepto de política tradicional no es aplicable a todas las localidades, especialmente a aquellas con alta diversidad cultural.

La ciudadanía es concebida por los autores como el derecho a tener derechos y, desde esa posición, consideramos que cada uno de los ciudadanos tenemos la obligación de fortalecer el sistema democrático a través de dinámicas de participación y representación que vienen dadas por el Estado, pero también a través de requerimientos desde abajo. Es justamente en ese encuentro donde radica la garantía de una concepción y práctica de la democracia igualitaria en nuestro país.

Agradecimientos

Queremos darles un agradecimiento especial a nuestros dos entrevistados, así como a la revista *La Colmena* y los compañeros y amigos que con sus discusiones e intercambios fueron el impulso para la finalización de este trabajo, desde los lugares e instituciones en el que se encuentran.